

No obstante, debemos hacer notar dos circunstancias atenuantes. Primero, el número de empresas menores y la totalidad de negocios hechos por ellas, continúan aumentando absolutamente, demostrando con ello que su absorción por las grandes industrias es aún cuestión de un lejano futuro. En el año de 1909, cincuenta y seis por ciento de la producción manufacturada en los Estados Unidos, fué lanzada por empresas con producción anual inferior a un millón de dólares. Segundo, la concentración de la industria no significa lo mismo que la concentración de la propiedad del capital. Las compañías por acciones han hecho posible una gran difusión de títulos de propiedad en negocios industriales. Como consecuencia, el número de tenedores de acciones en nuestros ferrocarriles y negocios industriales, aumenta más rápidamente que la concentración del capital, y más que la cuantía de las propias empresas. (cf. Streightoff, op. cit., pp. 35, sq.)

b.—VISTO POR MR. MILLQUIT.

Como la mayor parte de los inteligentes Socialistas actuales, mi opositor reconoce la exageración de la teoría de la concentración, enunciada por Carlos Marx. De ahí que nada diga sobre el empobrecimiento de las clases trabajadoras o sobre la desaparición de las clases medias. Sin embargo, cree que el proceso de concentración avanza firmemente por las inexorables leyes de la evolución capitalista. "Día por día el capital y el poder económico se concentran en las manos de un círculo cada vez más estrecho de grupo de intereses industriales y financieros. En los Estados Unidos podemos ya señalar un pequeño número de combinaciones e indi-

viduos que juntos controlan las principales fuentes y productos de la riqueza nacional.

En apariencia, mi opositor tiene en la mente no sólo la combinación de muchas corporaciones en pocos grandes trusts sino el *control* substancial de una gran parte de todo el campo industrial, por un pequeño número de empresas financieras, valiéndose de medios tales como juntas de administración conjuntivas o el monopolio de obligaciones de crédito. La magnitud asumida por este fenómeno durante el último cuarto de una centuria, le sugiere la conclusión de que, en un futuro próximo, una gran oligarquía industrial y financiera dominará por completo la vida del pueblo, a menos de ser demolida por el Socialismo.

Pero hay aún una tercera alternativa. Los grandes trusts industriales han sido todos organizados en los últimos quince años, prácticamente sin ingerencia o reglamentación por parte del Gobierno. Como hice notar en mi último artículo, no hay certeza, en manera alguna, de que estas combinaciones sean realmente eficientes y económicas. El profesor Meade y Mr. Brandeis piensan que, comparadas con empresas de moderado tamaño, son ineficientes y dispendiosas. En opinión del profesor Taussig, "parece comprobarse que en las ordinarias empresas manufactureras, aún en aquellas en que prevalecen las operaciones en grande escala, sólo viene a resultar un precario y limitado monopolio." ("Principles of Economics", II., 432). Todas nuestras experiencias de que se puede echar mano, tienden a demostrar que el máximo de eficiencia, ya sea en una sola empresa o en una combinación de empresas, llega a alcanzarse mucho tiempo antes de que el negocio constituya un monopolio. Nuestrs grandes trusts no han sido engen-

drados simplemente por superior eficiencia. Han sido fundados, en parte al menos, sobre muchas formas de especiales privilegios, y sobre atentatorios métodos de competencia.

Pretender que el Gobierno carece del poder necesario para refrenar y destruir esas anormales combinaciones y monopolios, por medio de la abolición de privilegios especiales, y del restablecimiento de francos métodos de competencia, es irreflexivo e injustificado. Esa acción del Gobierno nunca ha sido seria o inteligentemente intentada. A menos que fallen todos los indicios actuales, el justo y preciso esfuerzo que se necesita, se hará bajo la administración del presidente Wilson. Si viene a resultar futil y dispendioso, el Estado tendrá que reconocer y estimular esas combinaciones. Tendrá que regularizarlas, aún hasta el fijamiento de precios máximos. Si este método a su vez fracasara, el Estado mismo podría llegar a ser un competidor en la parte del campo industrial ocupada por los trusts.

Sólo hasta que estos planes hayan demostrado ser en absoluto ineficaces, habría razón suficiente para afirmar que el desenvolvimiento económico, conduce, inevitablemente, al control de la industrial por pocas grandes combinaciones, y de allí al Socialismo.

Esa forma indirecta de centralización que consiste, no en la completa *propiedad*, sino en juntas de administración conjuntivas y monopolios del crédito, y que parece capacitar, virtualmente, a pocos poderosos grupos de individuos para dominar una gran parte de la vida económica de América, es aún más reciente que el desarrollo de los trusts. Pretender que no puede ser prevenida o adecuadamente controlada por la acción del gobierno, es aún menos justificado que en el caso de los trusts. Aquí

de nuevo, aconsejaría a mi opositor: "esperar para ver."

El segundo factor por el que Mr. Hillquit confía en llegar a la reorganización Socialista de la sociedad industrial y política, es el rápido crecimiento del poder de la clase trabajadora. "Del proceso de la concentración capitalista resulta, entre otras cosas, la eliminación de los pequeños e independientes productores y fabricantes, que en siempre creciente número, se ven obligados a sumarse a los empleados "asalariados", y la cohorte de industriales asalariados aumenta cada vez más, por la afluencia de la población campesina, cuya vida viene siendo más y más precaria."

Esta "eliminación" del pequeño manufacturero y comerciante, es un proceso muy lento y relativo. Mientras que las grandes empresas invaden el territorio de las pequeñas, estas últimas aumentan absolutamente. En el campo comercial, los pequeños traficantes aumentan, probablemente tan aprisa, como la población urbana. Además, los independientes pequeños traficantes desalajados vienen a ser receptores de sueldos más bien que de jornales, y quedan, en consecuencia, más estrechamente afiliados a la clase capitalista que al proletariado.

En cuanto al "acrecentamiento procedente de la población rural" encontramos que, entre 1900 y 1910, el número de granjas en los Estados Unidos aumentó en la misma proporción que el número de habitantes campesinos, mientras que el incremento en el número de agricultores que poseían la tierra que cultivaban, sólo fué menor que aquella cifra en tres por ciento. Desde luego que la agricultura nunca ha estado en situación tan próspera como en años recientes, la mayoría de los que abandonan el campo, no se ven obligados a hacerlo así a causa de que la vida allí viene siendo más y más

“precaria”, sino en razón del atractivo de la ciudad, con sus oportunidades reales o ficticias.

En lo que respecta a la magnitud y crecimiento de las clases trabajadores en América, no tenemos infortunadamente, estadística definida o satisfactoria. Mientras que nuestros asalariados y perceptores de sueldo combinados, indudablemente constituyen una mayoría en el total de individuos empeñados en ocupaciones productivas, no son una muy grande mayoría. Probablemente no suman más de las siete décimas partes. Si todos los votantes de entre ellos se unieran en las casillas electorales, indudablemente podrían introducir, por el momento al menos, un régimen Socialista.

Pero no hay nada que indique que pudieran unirse en forma tal. Una parte considerable de ellos no puede ser convencida nunca de que el Socialismo sea realizable; otra gran parte continuará oponiéndose al proyecto por razones religiosas y morales; un tercer número grupo espera llegar a ser negociante independiente bajo el presente sistema; mientras que una cuarta sección, incluyendo a la mayoría de los que perciben sueldos más bien que salarios, nunca creerá que el Socialismo, aún siendo practicable, sería económicamente mejor para ellos que las condiciones y ventajas de que disfrutan bajo el presente régimen.

Aunque probablemente es verdad que las clases trabajadoras en el amplio sentido aquí definido, aumentan más rápidamente que las clases independientes agricultoras y negociantes, ese incremento será más que neutralizado por los mejoramientos de su condición, que vendrán ciertamente de la apropiada legislación social, y de la participación en la posesión de la propiedad productiva.

Por tanto, aún en las más moderadas expresiones de mi opositor, los razonamientos que apoyan una irresistible “tendencia hacia el Socialismo”, no son ni claros ni convincentes.

Era la opinión de Engels que las dos principales doctrinas de la filosofía social Marxiana, el determinismo económico y la “supervalía”, habrían transformado al Socialismo de una utopía en una ciencia. El ordinario Socialista nunca se cansa de asegurarnos que su amado sistema se funda en las inexorables conclusiones de la ciencia, y no en simples aspiraciones utópicas.

En verdad, esa base llamada científica, esa filosofía que hemos estado examinando, no es científica en absoluto. Es, en su mayor parte, un proyecto *a priori*, pues que es el resultante de un mal uso del método deductivo, una teoría *a priori* de la realidad, y un análisis parcial de la experiencia. Representa un ingenioso pero desagraciado intento para forzar los hechos de la vida económica y social, sobre el hecho de Procusto de una teoría *a priori*. Debemos recordar que su autor, Marx fué un estudiante de filosofía, un discípulo de Hegel, antes de que llegara a ser Socialista. Su método se asemeja siempre al del metafísico más bien que al del científico. El profesor Simkhovitch le llama “un materialista del siglo XIX con el traje de un teólogo del siglo XIII.” Si hubiese dicho “un teólogo del siglo XV” habría sido más preciso y sugestivo, pues que las sutilezas en que Marx cae a menudo, traen a la mente el escolasticismo en su decadencia.

El mal uso que hace Marx del método deductivo está bien determinado en su argumentación sobre el valor y la “supervalía”. Por la eliminación arbitraria de los factores utilidad y escasez, llega rigurosamente a la

conclusión de que el único elemento común a todas las comodidades listas para el intercambio, es el trabajo, y de allí deduce que el trabajo es el único determinante del valor. Partiendo de esta falsa premisa y razonando lógicamente, llega a la conclusión de que el capital contribuye en la producción sólo con la suma suficiente para reproducirse a sí mismo. Su argumentación sobre estas materias y sobre otras muchas, dá la impresión de un hombre luchando con un mundo hecho de abstracciones, un mundo hecho a la orden, no el actual mundo industrial que conocemos.

Su teoría *a priori* de la realidad y su inadecuado análisis del hecho concreto, se encuentran evidentemente en las teorías del determinismo económico y de la lucha de clases. *A priori* aceptaba la doctrina Hegeliana de la evolución social por el choque de elementos contradictorios resultante en una final y absoluta síntesis; la observación le condujo a una exagerada noción de la lucha de clases; de allí, parece sacar la conclusión de que la síntesis final es el Socialismo, y que el Socialismo es inevitable. *A priori* creía que todo lo que existe es fuerza material (*matter*); la observación le aseguraba que el factor económico es extremadamente importante en la vida social; de allí parece sacar la conclusión de que las fuerzas económicas-materiales, definitiva y necesariamente, dominan y determinan todo los procesos, ideas e instituciones sociales.

A causa de su materialismo *a priori*, la filosofía del Socialismo es fatalista. En la forma expuesta por casi todos sus prominentes defensores, considera en definitiva al elemento económico, como el elemento original y decisivo en la vida social, y excluye la realidad del espíritu. No atribuye nuestros males económicos a un "de-

fectuoso" arreglo de la sociedad, sino a la acción inexorable de las fuerzas económicas y de la evolución económica. En la mente e imaginación del más científico Socialista, el proceso social evolucionista semeja ser un enorme e inexorable movimiento mecánico que no puede ser refrenado por ninguna simple acción de los seres humanos. De allí que no se descorazone cuando ha pasado el plazo que a ocasiones establece para el advenimiento del Socialismo, o cuando sus profecías concernientes a la tendencia de las fuerzas industriales, se ven falseadas por la lógica de los hechos. Gozoso replica que estaba equivocado sobre la fecha exacta, pero que está seguro de su inevitable advenimiento.

La fé, y no la ciencia, es el alma de la filosofía Socialista; pero es una fé suspendida en el vacío.

III.—REPLICA DE MR. HILLQUIT.

En su mayor parte, la réplica de mi opositor es más fuerte en aceptaciones que en negaciones. Los principales fundamentos de la filosofía Marxiana, como los he delineado, consisten en la Interpretación Económica de la Historia la doctrina de la lucha de clases y la teoría de la supervalía. Véamos cómo argumenta mi opositor sobre estas proposiciones.

El Dr. Ryan reconoce que las condiciones económicas "ejercen una gran influencia sobre la vida social, ideas instituciones y desarrollo"; que "casi todas nuestras actividades y problemas políticos, son completa o fundamentalmente económicos," y que "aún las nociones éticas de los hombres varían considerablemente de acuerdo con sus intereses industriales." Argumenta, sin embargo, que el Socialismo Marxiano "enaltece la in-

fluencia del factor económico más allá de lo que puede ser plausible." Esta crítica sería mucho más ilustrativa, si quisiera o pudiera informarnos en qué punto el factor económico pierde su eficacia como una causa propulsora en el desenvolvimiento social.

Verdad es que tacha de extravagantes y fantásticos los esfuerzos de Achille Loria y Carlos Kautski para analizar los factores económicos que en su opinión originaron y determinaron el crecimiento, de la religión Cristiana; y que caracteriza como *crudas* y *superficiales* las pretendidas inclinaciones de "tantos" Socialistas para reducir todos los crímenes y vicios a causas económicas; pero esos adjetivos, más que en la categoría de las pruebas, caben en el dominio de la retórica.

Con igual candor, el Dr. Ryan admite que "las divisiones de clase basadas sobre divergentes intereses económicos son un hecho indiscutible." Concede aún que "existe una cierta especie de lucha de clase entre una *gran parte* de los asalariados y una *gran parte* de los capitalistas", y va tan lejos, que acepta la opinión puramente Socialista de que el miembro ordinario de una legislatura representa los intereses económicos de la clase a que está más estrechamente afiliado, y ratifica la práctica conclusión Socialista de que cada clase (por de contado también la clase trabajadora) debe tener "su propia representación en toda legislatura."

Lo que resta de su oposición a la opinión Marxiana sobre la lucha de clases, me parece estar basado, en parte, en un mal entendimiento de esa opinión, y en parte, en una deficiente estimación de las fuerzas sociales en acción en la sociedad moderna.

Los Socialistas no pretenden reducir a dos el número de clases económicas existentes, como erróneamente a-

sienta el Dr. Ryan. La existencia de "numerosos grupos de intereses económicos entre y al lado de los capitalistas y de los trabajadores," fué expresamente señalada por mí en mi artículo principal sobre esta materia. Lo que los Socialistas aseveran, sin embargo, es que esas dos clases mencionadas, son los factores más importantes en la moderna sociedad, y que el conflicto entre ellas constituye la característica dominante en la sociedad moderna y tiende a determinar la filiación definitiva de todas las otras clases.

Pero el Dr. Ryan nos asegura que las condiciones de una "genuina lucha de clases" nunca serán llenadas, por la razón de que una gran parte de los asalariados "rehusaría, y de hecho se rehusa, a ser envuelta en ella." Replicando a esto, me tomo la libertad de recordarle que la lucha de clases no es una función de cortesía social. No expide invitaciones ni acepta excusas. La "lucha de clases", en la interpretación Marxiana del término, no envuelve necesariamente conflictos ostensibles, conscientes o violentos: significa un antagonismo de intereses económicos, creado por las inexorables condiciones de la producción capitalista, y no por el deseo o la disposición de los individuos; y en este, el único verdadero sentido del término, todo asalariado está ya profundamente envuelto en la lucha de clases.

La aserción del Dr. Ryan de que las divisiones de clases en los Estados Unidos "no suministran material para una lucha de clases de alguna importancia," debe tomarse en la significación de que la mayoría de la población se encuentra económicamente interesada en sostener el presente sistema de Capitalismo privado, y que, por tanto, se opondría al plan Socialista de producción cooperativa. En apoyo de su tesis, cita a Mr.

Streightoff quien se dice ha hecho el descubrimiento de que "cerca de veinticuatro millones de individuos en los Estados Unidos, poseen alguna propiedad productiva distinta de valores del gobierno y de corporaciones." Mr. Streightoff mismo no dá tanta fuerza a su aserción. Dice:

"Hay probablemente nueve millones de individuos que perciben algún ingreso sobre depósitos de ahorros, y más de cinco millones que indirectamente obtienen beneficios de pólizas sobre seguro de vida. Cerca de cinco millones de individuos poseen tierra de cultivo y tal vez otro número igual posee propiedad raíz urbana."

Las cifras de Mr. Streightoff son algún tanto exageradas y engañosas. De acuerdo con el censo de 1900, sólo 3.653,323 agricultores poseían su tierra en todo o en parte y el cálculo de cinco millones de poseedores de propiedad raíz urbana, es enteramente arbitraria. Además, una parte considerable de agricultores propietarios, probablemente aparecen repetidos como poseedores de propiedad raíz urbana, y los tenedores de esas dos clases de propiedad, de seguro comprenden en gran parte en el número de depositantes en bancos de ahorro y tenedores de pólizas. Mr. Streightoff parece darse cuenta de la dudosa consecuencia de sus cifras, y comprendía sus especulaciones en una tersa y significativa sentencia: "pretender fijar la distribución de los ingresos provenientes de la propiedad, sería absurdo."

Pero el Dr. Ryan toma esos cálculos como verdades probadas, añade los sumandos, a cada individuo que tiene la suerte de conservar un dólar en un Banco de ahorro o de guardar una pequeña póliza de seguro, lo eleva al rango de poseedor de propiedad "productiva," y con un sólo rasgo de pluma crea veinticuatro millones de pro-

pietarios, fuera de los incontables millones de individuos que poseen valores del gobierno o de corporaciones. Si nuestra población fuese de tal manera capitalista como de tales cifras se desprende, este país ofrecería, en verdad, poco espacio para la lucha de clases.

Pero, ¿cuáles son en realidad los hechos?

De acuerdo con el censo de 1900 el número total de individuos de diez años en adelante empeñados en ocupaciones productivas en los Estados Unidos, era de poco más de 29.000.000.

De los individuos ocupados en la fabricación, 5.373, 108 estaban clasificados como "asalariados," mientras que 708,738 eran designados como propietarios y miembros de firmas comerciales o industriales. De acuerdo con el "Report on Manufactures" de 1909, el 63.2 por ciento de los establecimientos manufactureros producían menos de Dls. 20,000 por año, mientras que el resto de 36.8 por ciento, producían más de Dls. 20.000. Clasifiquemos a los propietarios de los primeros como "pequeños productores" o manufactureros de "clase media", y a los propietarios de los segundos como "grandes productores" o capitalistas. Sobre esta base obtendremos aproximadamente 254,810 capitalistas y 447,928 miembros de la clase media en la industria manufacturera.

Para los 10.472,011 individuos enumerados bajo los dos títulos de "Servicio personal y doméstico" y "Comercio y transporte," el censo no suministra una división similar por clases, pero la sub-enumeración de ocupaciones determinadas, nos dá una guía tolerable y digna de confianza para conocer el estado económico de las personas en ellas empeñadas.

En consecuencia, podemos considerar como capita-

listas a todas las personas designadas como banqueros y negociantes, funcionarios de los bancos y compañías, y comerciantes en grande escala. A la híbrida clase media podemos regalar a todos los pequeños e independientes individuos con algún negocio, como barberos; poseedores de hoteles, restaurantes, casas de asistencia, pensiones (caballos y coches) y cantineros; comerciantes al menudeo; "barilleros y placeros" y aún enterradores; también todos los individuos ocupados en servicios profesionales y semi-profesionales, incluyendo postulantes, dependientes, tenedores de libros, encargados, agentes viajeros, agentes comerciales, soldados, policías y mayordomos.

La columna de "asalariados" se compondrá exclusivamente de trabajadores manuales a jornal.

La población agrícola quedará constituida por 10.410,877 individuos. De estos, cerca de 4.530,000 eran "braceros" o trabajadores a jornal, mientras que el resto correspondía a "agricultores empresarios." Solamente 527,637 agricultores disponían de una area de 260 acres o más. Convendremos en que cada una de esas propiedades tenía un distinto poseedor, y consideraremos a tales grandes terratenientes como capitalistas agrícolas, clasificando a los propietarios o cultivadores de los pequeños lotes bajo la general denominación de "clase media."

Sobre esta base, llegamos a la siguiente división de clases de la población activa Americana:

Capitalistas:	
Manufacturas e Industrias -----	254,810
Comercio y Transporte -----	189,675
Agricultura -----	527,637
	<hr/>
Total -----	972,122

Clase media:	
Manufacturas e Industrias -----	447,928
Comercio y Transporte -----	2.242,397
Servicio Doméstico y personal -----	790,834
Servicio profesional -----	1.258,538
Agricultores -----	5.880,877
	<hr/>
Total -----	10.620,574

Asalariados:	
Manufacturas e Industrias -----	5.373,108
Comercio y Transporte -----	2.334,892
Servicio Personal y Doméstico -----	4.789,823
Trabajadores del Campo -----	4.530,000
	<hr/>
Total -----	17.027,823

Para completar nuestros cálculos debemos agregar a los "sin empleo" de ambas clases, capitalistas y asalariados. Para ser generosos con los primeros, presumiremos que una tercera parte de su número total siguen la única y exclusiva vocación de la pereza, mientras que las dos terceras partes están empeñadas en alguna ocupación productiva: se añade, por tanto otros 500,000 en números redondos a su totalidad. Por otra parte, el número de asalariados enumerados en el censo, se basa en